

El hombre, la tierra y la lucha de clases agrarias en El Salvador*

José Antonio Aparicio**

Siempre que se habla o escribe sobre la República de El Salvador, ya sea que se trate de un estudioso de la realidad de este país centroamericano o de un ciudadano común interesado en el mismo, por lo general se destacan dos características: la pequeñez territorial y la densidad de la población. Tal observación se hace tomando en cuenta que en los 20 mil kilómetros cuadrados que comprende la extensión del territorio viven más de cinco millones y medio de habitantes. Aunque en las actuales circunstancias tales cifras sobre población se ven constantemente alteradas por las crisis económico-política y por la guerra civil en El Salvador, a título convencional puede decirse que en cada kilómetro cuadrado viven o vivían —antes del inicio de la migración masiva hacia el extranjero de aproximadamente un millón de personas— entre 250 y 275 salvadoreños.

El relieve de El Salvador se caracteriza por ser el más alto del istmo centroamericano. En la altiplanicie central se sucede una línea de conos volcánicos, configurando a la vez cuencas y llanuras, sembradas de pequeños lagos y cruzadas por ríos que desembocan en la costa del Océano Pacífico. El visitante que llega a El Salvador por avión podrá descubrir que ha pasado la línea fronteriza que separa al país de sus vecinos

* Este ensayo se escribió muchos meses antes de que se firmaran los acuerdos de paz entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y el gobierno de El Salvador, en la ciudad de México, el 16 de enero de 1992.

** Departamento de Sociología, UAM-I.

(Guatemala, Honduras, Nicaragua) por el cambio que se opera en el paisaje. Se dejan las montañas boscosas y los valles extensos, y se tiene ante los ojos una tierra que ha sido totalmente transformada por la mano del hombre.¹

El territorio salvadoreño parece, entonces, "un jardín muy bien cuidado". Jardines extensos que, como cambiantes manchas verdes, se deslizan por las faldas de los cerros y los volcanes. Son los cafetales que producen el principal recurso de exportación del país. A lo largo de los valles de la costa se extienden los cultivos de algodón; y entre esos valles y las tierras que suben a la planicie central se suceden las plantaciones de caña de azúcar.

Pero ya en tierra, cuando se recorre el territorio, poco a poco se va haciendo familiar otro tipo de paisaje no menos contrastante: el paisaje humano. Entonces se descubren los signos del subdesarrollo, de la desigualdad y la injusticia: frente a la insultante opulencia de una de las más poderosas oligarquías del continente, se encuentra la dolorosa miseria que ha vivido y vive la mayoría del pueblo salvadoreño.

En esta ocasión se trata de presentar, en parte y de manera muy resumida, la historia o la "memoria" del subdesarrollo en El Salvador, aproximadamente hasta la década de los setenta, centrándose en la relación entre el hombre y la tierra, que continúa atrayendo las miradas comprensivas y solidarias de los pueblos del mundo.

EL HOMBRE Y LA TIERRA EN EL SALVADOR PREHISPÁNICO

A mediados de 1973, cuando la crisis económica, social y política que se había venido agudizando en El Salvador a partir de 1969, se iba convirtiendo de

manera acelerada en una crisis estructural, la revista *ECA Estudios Centroamericanos*² en la presentación de una edición dedicada al tema de la reforma agraria en El Salvador hacía las siguientes consideraciones:

El tema de la reforma agraria tiene entre nosotros una trascendental importancia. Unas veces objeto central de planes y planificaciones, otras implícito en los programas políticos, las más indirectamente aludido o solapadamente eludido, el campo y el campesino constituyen la realidad de más lacerante envergadura y el problema más abiertamente conflictivo en la historia actual de El Salvador. Y no puede ser menos cuando se considera que la gran mayoría de nuestra población vive en el campo, que del campo depende básicamente el bienestar o el malestar de nuestro pueblo y que, nos guste o no, en el campo se juega el futuro de nuestro país. Por ello, reforma agraria es un término tabú: señuelo de políticos para la conservación o la conquista del poder, fantasma amenazante para grandes terratenientes y hacendados, bandera tras la que se puede esconder todo y nada, según el grupo, la persona o la situación en que se enarbole. [...] El estudio, la investigación, la reflexión y el debate están abiertos. Abiertos a todo aporte y a todos los que en él deseen intervenir. La situación del campo salvadoreño es tan extremadamente crítica, que dejar transcurrir el tiempo en la inercia constituye un auténtico crimen social. Mas no olvidemos que una forma peligrosa de inercia es querer clasificar demasiado las cosas a nivel teórico y apoyarse en esa "necesidad" de la claridad absoluta para nunca penetrar en el nivel de las realidades. Nuestros estudios deben abocar a soluciones y proyectos concretos viables. Frente a lo que muchos piensan, una labor que no sirve para la vida no es universitaria. Ni científica. Todo lo más, un pasatiempo. Y ni el campo ni el campesino salvadoreños están para pasatiempos.

A la llegada de los conquistadores españoles, la agricultura era la base de la estructura económica de

los centros de población, que existían en lo que hoy es el territorio salvadoreño. La agricultura se sumaba al comercio y al desarrollo de las artes y las artesanías. La indisoluble relación que ha existido entre el hombre y la tierra en El Salvador viene desde la época prehispánica. Los cambios que se han operado en esta relación se han traducido en repetidas luchas de intenso contenido clasista, durante la etapa colonial, en los primeros años de vida republicana y en la segunda mitad del siglo XIX, en los inicios sangrientos de la década de los treinta, y en los movimientos populares y guerra civil durante las últimas dos décadas.

El territorio que ahora llamamos El Salvador formó parte, en la época prehispánica, del área cultural que ha sido designada por los etnólogos con el nombre de Mesoamérica. Tal área se caracteriza por un conjunto de rasgos culturales comunes a los pueblos que se asentaron y evolucionaron en un área geográfica que se extiende desde una sinuosa y convencional frontera norte, situada casi al centro de la actual República Mexicana, hasta una frontera que en su extremo sur va desde el golfo de Nicoya de la actual Costa Rica y que, después de atravesar de sur a norte el territorio de Nicaragua, termina en un punto situado al noreste sobre la costa antillana de Honduras.

El maíz, y todo lo que se relaciona con su cultivo (producción, distribución y consumo), es uno de los rasgos culturales más importantes y distintivos de Mesoamérica. La base de la alimentación de la población prehispánica de lo que hoy es El Salvador era el maíz. Su diseminación y asociación a otros granos y frutos de fácil cultivo contribuyó, en gran medida, al crecimiento de la población y al desarrollo de una importante cultura material y espiritual, cuyos testimonios están representados por monumentos arqueológicos pertenecientes a centros ceremoniales y por piezas de cerámica y otros materiales de inestimable valor.

Desde tiempos remotos —dice Browning³ refiriéndose a El Salvador—, esta tierra ha atraído al hombre, y sus esfuerzos para explotarla en su beneficio han sido recompensados con creces. “La inicial relación de curiosidad del hombre ante este ambiente físico lo condujo gradualmente a descubrir que, entre la diversidad de plantas que lo rodeaba, algunas podían hacerse fructificar” para su provecho. “Aprendió que un suelo bien irrigado recompensaba los esfuerzos que ponía en cultivarlo. Se dio cuenta de que los ritmos del clima y del tiempo coincidían con las necesidades de las plantas que cultivaba. Varios milenios antes de nuestra era, el hombre había adaptado a su tierra en El Salvador numerosas plantas alimenticias, entre las que figuraban el maíz, diferentes tipos de frijoles y de calabazas, y de chiles”. Además de estos alimentos otra serie de plantas cultivadas en Centroamérica, tales como aguacate, jocote, saúco, guayaba, zapote, papaya, tuna, tomate, henequén, añil, copal, ayote, guaje, comprueban “el conocimiento que los antiguos pobladores tenían de su copioso medio ambiente y de cómo su existencia dependía de sus frutos.”

Algunos estudiosos han considerado que, a pesar de la combinación de factores que hicieron atractivo el establecimiento humano en las tierras altas del país, en particular la meseta formada por la cadena volcánica central, sería erróneo indicar que el asentamiento prehispánico se limitó, exclusivamente, a esas tierras. La anterior deducción se hace tomando en cuenta que si la planta de maíz, que era el alimento habitual de la población, se adapta a una amplia extensión de temperatura y de suelo, su cultivo no restringe el asentamiento del indígena a ninguna parte específica del territorio. Los testimonios arqueológicos y las primeras informaciones españolas indican que el sistema de asentamiento prehispánico fue mucho más vasto que el de gran parte del periodo colonial.

En su importante trabajo sobre El Salvador, Browning⁴ consigna que “las primeras expediciones españolas que se desplazaban desde Guatemala hacia el sur y desde Nicaragua hacia el norte, entraron en una tierra que, en comparación con la mayoría de las regiones de Centroamérica, estaba bien poblada por grupos indígenas de variados antecedentes culturales. Se ha estimado que la población en el tiempo de la conquista

variaba entre 116 000 y 130 000 habitantes.⁵ Esta cifra es una conjetura que surge de escritos españoles y es posible que futuras investigaciones históricas y arqueológicas prueben que se quedó corta.” La población nahua predominantemente nonoalca, de estirpe teotihuacana-tolteca,⁶ conocida comúnmente como “pipiles”, formó el grupo mayor y se estableció en las tierras del sur y al oeste del río Lempa, mientras que



los pokomames se asentaron en el noroeste y los lenca junto con grupos aislados de matagalpas, al norte y al este del Lempa. Ésta es una división arbitraria, ya que es probable que estos diferentes grupos hayan estado en contacto directo, influyéndose continuamente los unos con los otros, en su desarrollo económico, social y cultural.

Las relaciones de producción y las técnicas de cultivo usadas por los antiguos habitantes de lo que hoy es El Salvador eran similares a las del resto de los pueblos nahuas que habitaban Mesoamérica. El trabajo de las milpas fue, desde un principio, tarea del grupo familiar. Se ha considerado, en cuanto al carácter de la familia prehispánica y su relación con la agricultura, "que el cultivo necesariamente itinerante del maíz facilitó la constitución de la familia extensa", que sería "una unidad económica autosuficiente, cuyos lazos de sangre se fortalecieron con el aislamiento, y en el esfuerzo de sus miembros por asegurar colectivamente la supervivencia."⁷ Seguramente el pueblo en su conjunto participó en la apertura de tierra de labor, descuajando el bosque, quemando matorrales y transportando piedras para facilitar la siembra. El cultivo se realizaba en agujeros abiertos con la *coa* o palo de sembrador, en los cuales se depositaban cinco o seis granos. Esta técnica de cultivo no requería de mayores conocimientos, pero se relacionó, desde un principio, con las prácticas mágico-religiosas, con las que se pretendía asegurar la abundancia de las cosechas, así como la oportuna iniciación de las lluvias. Más tarde, habiéndose multiplicado la población y creado los grandes centros urbanos en torno de los templos, los habitantes se dividieron en clanes, ocupando cada uno un barrio de la ciudad *calpulli* cada cual con su tierra comunal perfectamente delimitada.⁸ La organización del *calpulli* obedecía, prácticamente, a patrones idénticos a los del resto de Mesoamérica. Tenía autoridades

civiles, religiosas, militares y agrícolas, siendo estas últimas las encargadas de señalar anualmente a cada miembro de la comunidad la tierra que podía usar para producir los cereales necesarios para el sustento de su familia.

La anterior referencia a la relación entre el hombre y la tierra en El Salvador prehispánico es importante, en vista de que sigue teniendo vigencia aun en las actividades de muchos campesinos que, aunque ya no se consideran a sí mismos indios, todavía tratan la tierra de una manera similar a la de sus antecesores. Entre las diversas "valoraciones que de la tierra de El Salvador ha hecho el hombre, en diferentes épocas, la de los habitantes prehispánicos no es la de menor importancia", si se toma en cuenta que tal valoración fue de gran significado aun para el conquistador español. "Aunque los españoles conquistaron y reivindicaron la tierra de El Salvador, la conquista más importante que los mismos españoles reconocieron fue la de los habitantes del país, cuyo potencial habían descubierto y comprendido durante siglos anteriores".⁹

LOS AVATARES DEL PERIODO COLONIAL

El desarrollo cultural de los pueblos nahuas y lenca, principalmente, fue interrumpido por la conquista española. Cuando los conquistadores, capitaneados por Pedro de Alvarado, se internaron en lo que es hoy el territorio salvadoreño, existían cuatro grandes núcleos de población: el de los izcalcos, que se extendía a lo largo de la llamada Costa del Bálsamo; el de Cuscatán, cuya capital se encontraba en el sitio que ahora ocupa el pueblo de Antiguo Cuscatlán; el de Cihuatán, seguramente el más extenso y densamente poblado, que ocupaba una considerable área en torno al centro ceremonial, situado en las inme-

diciaciones de la actual población de Aguilares, y el de los nonualcos, que habitaban el territorio que va desde la actual ciudad de San Vicente, en el departamento del mismo nombre, hasta el mar, y desde el río Jiboa hasta el río Lempa.¹⁰ Además de los núcleos de población mencionados, puede asegurarse que había una fuerte concentración de población "a través del eje central de las tierras altas", las que se extendían a otras zonas del territorio. Entre éstas se pueden mencionar "las llanuras interiores situadas al norte de las tierras altas centrales, especialmente al norte del actual San Miguel".¹¹ "Uno de los primeros conquistadores en el oriente de El Salvador, habla de grupos de doscientas casas de tamaño y estructura variable, con pequeñas chozas dispersas por el terreno circundante".¹²

Una vez consumada la conquista, se logró una relativa pacificación, ya que las rebeliones indígenas contra el conquistador español se empezaron a dar cinco años después de iniciada la conquista. Se recuerdan rebeliones indígenas en oriente, en la provincia de Chaparrastique, en los actuales departamentos de Usulután, San Miguel, Morazán y La Unión, de 1529, y sobre todo la de 1537, ocurrida en las comunidades indígenas que circundaban la recién fundada ciudad de San Miguel.¹³

Al no descubrir el oro y la plata que habían hecho la fortuna de muchos conquistadores en México y Perú, los que se establecieron en El Salvador se dieron cuenta de que a cambio de una riqueza mineral, lo que había en el territorio recién conquistado era una gran variedad de plantas, "que una importante población sedentaria había adaptado y cultivado extensamente" durante mucho tiempo. La tierra y los habitantes de El Salvador prehispánico podían considerarse como la recompensa de la victoria a los ojos del conquistador.

De ahora en adelante, la materialización del premio se iría alcanzando a medida que el conquistador

fuera logrando la ayuda de la población nativa. La visión que el español tuvo de la tierra de El Salvador no podía excluir, por lo tanto, su postura hacia los habitantes. Al llegar "a la conclusión de que el valor del territorio se ajustaba a las posibilidades de producir algunas de sus plantas nativas con fines comerciales, confiaron en el conocimiento y en la labor del indio para explotar este potencial".¹⁴

A diferencia de lo que ocurrió en otros territorios conquistados, en El Salvador los españoles fundaron sus poblaciones en los mismos centros de población indígena o a un lado de éstos. Respetaban las tierras comunales de los barrios, pero ocupaban las tierras libres en las que se establecían ejidos para el uso de los nuevos pobladores.

Como ocurrió también en el resto de Mesoamérica, los indígenas fueron dados en encomienda a los colonizadores, con todas las peculiaridades, derechos y obligaciones (más obligaciones que derechos) que en la práctica encerraba la nueva institución colonial. Al principio, la única obligación de los indígenas fue el pago de un tributo al encomendero y, posteriormente, cuando el encomendero se transformó en hacendado, en la prestación de fuerza de trabajo gratuita o simplemente a cambio de alimentos. En el caso de El Salvador, "la importancia de la encomienda no se debía sólo al abastecimiento de alimentos y productos agrícolas que encerraba como tributo; la mano de obra que proporcionaban los indígenas y las estipulaciones acerca de la forma en que el tributo indígena debería ser cultivado", formaban parte "del contrato de la encomienda", lo que "animaba a los encomenderos" no sólo "a visitar o vivir cerca", sino en los mismos pueblos de los indígenas que "los sustentaban". En consecuencia, si bien el encomendero no podía reclamar la propiedad de la tierra del aborigen tenía siempre la ventaja de obtener tierra junto al poblado para que

fuera cultivada por la gratuita mano de obra indígena a que tenía derecho.¹⁵

La hacienda colonial se estableció al margen y, generalmente, a la par de la encomienda. Con este propósito, el encomendero reclamaba a la Corona española el otorgamiento de una determinada extensión de tierra, la que era concedida sin necesidad de un título o documento que asegurase, legalmente, la propiedad o posesión de la tierra. Pero la mayor parte de las haciendas otorgadas a los encomenderos fueron usadas para la crianza del ganado, que vagaba libremente en los llamados *sitios de estancia*, no muy bien delimitados y casi siempre carentes de cercos. Como por parte del indígena no tenía sentido la existencia de la propiedad privada e individual de la tierra, como tampoco lo tenía la propiedad privada del cielo o del clima o del viento o del mar, el ganado importado por los colonialistas españoles se convirtió, pronto, en una amenaza para las milpas y demás sembradíos de los indígenas, al extremo de provocar una sensible caída en la producción de alimentos. Esto trajo como consecuencia, además del hambre, la miseria, la proliferación de enfermedades (algunas traídas también por los conquistadores, para las que no existía inmunidad entre los indígenas) y por lo tanto la muerte.

El decremento de la población llegó a ser tan elevado, que a cien años de iniciada la conquista, García Peláez¹⁶ citando un documento de la época menciona que las autoridades españolas reconocieron que el pago de tributo era muy bajo debido a la falta de "indios".

Además del maíz, existían tres productos que eran cultivados por los indígenas antes de la llegada de los españoles. Éstos eran el cacao, el añil y el bálsamo. Los españoles conocieron la experiencia de los indígenas en el cultivo del cacao, por lo que dejaron en manos de éstos tal actividad y se contentaron con percibir los

tributos a que daba lugar ese producto, al mismo tiempo que compraban el resto de la producción para la venta y la exportación. Los extensos cacahuatales de la región nonualca, de los izcalcos, la Costa del Bálsamo y la Sierra de Apaneca, fueron alentados e incrementados, al extremo de que a fines del siglo XVI se consideraba que la provincia de San Salvador aportaba un tercio de la producción total del reino de Guatemala. Las tierras dedicadas al cultivo del cacao no fueron, pues, objeto de usurpación por parte de los conquistadores. Se dejaron en poder de las comunidades indígenas, siendo el manejo de la producción más negocio de comerciantes que exacción de encomenderos. Los primeros traficantes del grano se establecieron en Izalco y fundaron, en 1555, el gran centro comercial de Sonsonate, en donde se concentró toda la producción cacaotera. El puerto de embarque de la producción de cacao era Acajutla, a corta distancia de Sonsonate, de donde se enviaba a Acapulco, Panamá y el Perú, o se enviaba por tierra a Guatemala y puertos del Caribe. Se ha considerado, además, que el sistema de explotación del cacao explica el hecho de haber perdurado los grupos indígenas en las zonas cacaoteras, mientras que en el resto de la provincia el proceso de mestizaje era más rápido.¹⁷

Con la explotación del bálsamo ocurrió lo mismo que con el cacao. Los españoles tampoco interfirieron en su procesamiento, y los indígenas continuaron extrayendo el producto de acuerdo con sus técnicas tradicionales. Pero, como ocurría también con el cacao, los españoles controlaban el comercio del producto.

El ritmo de producción que habían mantenido el bálsamo y el cacao empezó a disminuir, al grado de que a mediados del siglo XVIII habían prácticamente desaparecido. Entre las causas que se han señalado acerca del decaimiento de la producción figuran la disminución de la población indígena y la competencia

ejercida por la producción de cacao registrada en Guayaquil (Ecuador) y Venezuela, que recibía mayor impulso por parte de la metrópoli. En lo que respecta al bálsamo, no tuvo influencia en el desarrollo agrícola de la provincia y su decaimiento tuvo como causa directa el empleo de técnicas inadecuadas de extracción, altamente destructivas de las plantaciones.

Antes y después de la independencia política de Centroamérica, el principal producto de exportación de El Salvador era el añil. El añil había sido conocido y trabajado por los nahuas de Cuscatlan antes de producirse la conquista. Pero los indígenas, en realidad, no lo cultivaban, sino que se limitaban a recolectar las hojas de los arbustos silvestres que se daban en abundancia. Los indígenas usaban el añil en medicina y extraían sobre todo el tinte que empleaban en la pintura y en la elaboración de textiles. Fueron los españoles los que vieron las posibilidades de explotar la planta de manera comercial, para lo cual se necesitaba destinar considerables extensiones de tierra, así como la instalación de "obrajes" en los cuales procesar y obtener el tinte.

Con el cultivo y la explotación del jiquilite —arbusto del cual se obtiene el añil— en la forma organizada por los españoles, ocurrió un cambio importante en las relaciones de producción durante la Colonia, en la provincia de San Salvador. Con la explotación y producción del añil se iniciaron también las relaciones de producción, que marcan los orígenes del capitalismo en El Salvador, en el último tercio del siglo XVIII y comienzos del XIX. A fines del siglo XVI, según se desprende de algunos estudios,¹⁸ las plantaciones de jiquilite estaban establecidas y muy extendidas en un área que iba desde Escuintla, en Guatemala, hasta Nicaragua, y era la zona de San Salvador la más productiva y la más intensamente trabajada. La siembra de jiquilite y la producción de añil se incrementa-

ron de tal forma que, al iniciarse el siglo XIX, la provincia de San Salvador dependía exclusivamente de este producto, que las autoridades españolas consideraron necesario recomendar la diversificación agrícola, con la producción de algodón, azúcar, cacao, grana y café.

El auge de la producción añilera, y las grandes ganancias que ello significaba para los colonialistas españoles, se reflejaba, en contrapartida, en la cada día más miserable situación de los campesinos, indígenas o no, sometidos a la más bestial explotación.

Los sistemas de trabajo introducidos por los españoles en las plantaciones de jiquilite y los obrajes de añil empeoraron grandemente las graves condiciones de vida a que había sido reducida la población indígena, a raíz de la conquista y colonización. Los indígenas fueron obligados a trabajar en las plantaciones y en los obrajes por medio del sistema de repartimiento, del cual se abusó hasta el extremo de que aldeas fueron obligadas a laborar por periodos no determinados, a cambio de una sola comida. Debido a la cada vez mayor disminución de la población indígena, el sistema llegó a ser totalmente inapropiado. En vista de ello, los españoles se ingeniarón otras formas de explotación, siempre coercitivas, pero menos inhumanas, y establecieron lo que se llamó el coloniaje, las tiendas de raya, las deudas hereditarias y otros medios o formas serviles de trabajo que obligaban a los peones a residir permanentemente en las haciendas.¹⁹

Las características del campesino indio o mestizo de El Salvador, durante la dominación y explotación colonial, surgen del testimonio dejado por Gutiérrez y Ulloa²⁰ de su visita a la Provincia de San Salvador:

La embriaguez, la improbidad, ocio, desidia, flojedad e incontinencia son vicios típicos de esta especie. No conocen otras diversiones que dormir y tal cual baile, sin gracia ni

variedad [...] Son muy humildes con los españoles [...] a quienes dirigen siempre sus súplicas, o contestaciones precedidas de reverencias y servilismo [...] Su alojamiento se reduce a chozas mal cuidadas, de caña y barro, cubiertas de hojas, yerbas y juncos; su vestido, por lo común muy escaso, es de toscos tejidos de algodón [...] Sus comidas comunes son el maíz, frijol, plátano, raíces y no tienen empacho en variar esta dieta, consumiendo todo género de animales inmundos y semillas silvestres.

El anterior testimonio fue dado a conocer por el cronista español a principios del siglo XIX, y es importante compararlo con un testimonio anterior, esta vez del cronista Cortés y Larras,²¹ quien al describir la humillante e indigna situación de los indígenas expresa:

Supongo que estos infelices son los más dignos de compasión entre cuantas criaturas racionales he visto [...] Algunos los compadecen por ser el oprobio de todos; otros porque siendo los que más trabajan, nunca salen de la indigencia y la miseria, desnudos, mal comidos, durmiendo en el suelo, cargados por los caminos, sin ser dueños de cosa alguna, flagelados frecuentemente en las picotas. Otros los compadecen por su extrema sumisión, postrados de rodillas en tierra retorciendo sus manos nudosas delante de sus dioses antiguos o presentando sus memoriales a sus superiores [...] Es cierto que son el oprobio de todos, pero me parece que también son el oprobio de ellos [...] tienen a los españoles y ladinos por forasteros y usurpadores de sus dominios, y por eso los miran con odio implacable. No quieren cosa alguna con los españoles, ni su religión, ni sus costumbres.

Estos testimonios retratan el panorama de miseria y abyección en el que vivía la población campesina salvadoreña durante la época colonial, panorama que no ha variado mucho en la época actual. Sobre este cuadro de explotación se montaron los cimientos del actual subdesarrollo del país.

DESARROLLO DEL CAPITALISMO: DESINTEGRACIÓN Y DESPOJO

Uno de los estudios dedicados a analizar el camino seguido por el desarrollo del capitalismo y la formación económico-social salvadoreña en su conjunto ha dividido, convencionalmente, dicho desarrollo en tres etapas.²² De acuerdo con este esquema, los orígenes del capitalismo en El Salvador se remontarían al último tercio del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, vinculados a la producción y explotación del añil. "La agroexportación del añil surgió bajo el estímulo y condicionamiento de la creciente demanda de tintas para la industria textil de los países europeos más desarrollados en el sentido capitalista (Países Bajos, Inglaterra, etc.), que se encontraban entonces en pleno despliegue de la 'revolución industrial'"²³

Pero en el aspecto interno, la evolución del capitalismo, en esta primera etapa en El Salvador, condujo a la descomposición parcial de las clases sociales tradicionales que existían bajo el dominio colonial. Este fenómeno se manifestó, por una parte, al destacar de entre los terratenientes criollos "feudal-esclavistas" a un grupo de hacendados dedicados al cultivo del añil. Al mismo tiempo, este grupo estaba sumamente interesado en liberar al nuevo e importante negocio del peso que ejercían los altos impuestos coloniales y eclesiásticos, y del monopolio que mantenía la Corona española sobre el comercio de sus dominios americanos con Europa. Dentro del mismo proceso de descomposición de las clases, por otra parte, en las plantaciones y obrajes del añil se formó un concentrado sector de trabajadores semilibres, que se diferenció, en poco tiempo, del conjunto de indígenas comuneros y esclavos, y de los campesinos mestizos (siervos y ejidatarios). Este proceso inicial del desarrollo del capitalis-

mo en El Salvador fue, sobre todo, desastroso para los indígenas, toda vez que para éstos significó el despojo inicial de tierras comunales, al mismo tiempo que la desintegración de su organización social y su cultura.

La evolución de esta primera etapa del desarrollo del capitalismo desempeñó un papel determinante en el proceso de lucha por la independencia del dominio colonial español, en la formación del Estado nacional, en la liquidación de la esclavitud, al mismo tiempo que puso en marcha el proceso de integración de la nación salvadoreña. En relación con el capitalismo agrario, sentó las bases del autoritarismo, que se hizo tradicional en las formas de dominación de las clases explotadoras de El Salvador.²⁴

La primera etapa de desarrollo del capitalismo se agotó cuando los tintes naturales empezaron a perder mercado, al ser sustituidos en Europa por los colorantes elaborados químicamente. Esto ocurrió a mediados del siglo XIX. Mientras tanto, los terratenientes encontraron un nuevo producto de exportación con el cual sustituir el añil. Este nuevo producto fue el café, cuyo cultivo y exportación dio origen a la que se considera como segunda etapa del desarrollo del capitalismo en El Salvador.

Esta segunda etapa arranca desde mediados del siglo XIX y termina en la década de los cincuenta en el presente siglo.²⁵ Aunque en la primera etapa del desarrollo del capitalismo se crearon algunas premisas socioeconómicas internas éstas eran muy débiles. La segunda etapa, tal como ocurrió con la primera, fue un proceso inducido desde el exterior originado por la expansión del capitalismo europeo; y desde los primeros años del siglo XX, en forma creciente, por la expansión del capitalismo estadounidense. No fue, pues, una transformación impulsada o estimulada por el desarrollo interior de la sociedad salvadoreña.

En casi todos los países que hoy integran el istmo centroamericano se registraron, en la segunda mitad del siglo XIX, fenómenos relacionados con la tenencia de la tierra, las relaciones de producción y el desarrollo de la sociedad agraria, pero estos fenómenos adquirieron una significación muy especial en Guatemala y El Salvador, debido a factores que estuvieron ausentes en los países restantes o por características que distinguen a estos últimos, que no se presentaron en los países mencionados.

Durante la llamada "Revolución liberal", encabezada por Justo Rufino Barrios en Guatemala, en la segunda mitad del siglo XIX, se redujo la propiedad indígena guatemalteca, convirtiendo dichas comunidades en fincas cafetaleras. Medidas similares fueron tomadas en El Salvador, en donde para legitimarlas se decretaron leyes tales como la de Extinción de Comunidades Indígenas (1881), la de Extinción de Ejidos (1882) y la de Titulación de Terrenos Rústicos (1897). Para abrir paso al cultivo del café fue necesario liquidar las formas no privadas de propiedad de la tierra, legadas por las épocas prehispánica y colonial: la propiedad comunal indígena y el ejido, ambas todavía muy extendidas entre los años 1850 y 1880. El gobierno estaba convencido de que el rápido desarrollo de la agricultura comercial sólo se lograría si la tierra estaba en manos de individuos, o sea, únicamente como propiedad privada.²⁶ El papel del Estado fue decisivo en la liquidación de las antiguas formas de tenencia: apoyó con fuerza pública el despojo de los comuneros y ejidatarios. A la promulgación de las anteriores leyes hay que agregar toda una legislación posterior, destinada a respaldar las relaciones capitalistas de explotación y de la propiedad privada como el fundamento esencial de la estructura económico-social del país: La Constitución Política de 1886, la Ley Agraria de 1907 y otras.



Al ser destruido irreparablemente el sistema pre-hispánico y colonial de tenencia de la tierra, la propiedad privada se convirtió en la única forma de tenencia de la tierra legalmente reconocida. Y tal como el presidente Rafael Zaldívar (1876-1885) lo había manifestado, la propiedad privada fue sinónimo de uso más intensivo y eficaz de la tierra.²⁷ Las diferentes formas de despojo de que fueron objeto los campesinos y la legitimación subsecuente realizada por el Estado, así como la expansión del cultivo del café, sirvieron de base para la proletarianización forzosa de nuevos y masivos sectores de población campesina. Se aceleró la formación de un mercado nacional que, aunque muy pobre, debido a la grosera explotación de los trabajadores del café, dio lugar a una activación del comercio. También, en el transcurso de esta segunda etapa surgieron los bancos y el papel moneda; fueron construidos los ferrocarriles de Occidente y Oriente, los puertos principales y la primera red telegráfica y telefónica; surgieron las primeras fábricas, aunque muy pocas y

lentamente; cobró cierto impulso el crecimiento de la ciudad de San Salvador y otros centros urbanos, aumentando la diferenciación y oposición urbano-rural; aparecieron los primeros diarios; se amplió la enseñanza pública y privada, incluidas la secundaria y la universitaria.²⁸

La expansión del cultivo del café repercutió en el valor de sus exportaciones, que aumentó 2.9 millones de dólares, en 1881, a 21.5 millones de dólares en 1916. De igual forma, se desarrollaron otras cosechas comerciales, en particular el azúcar y el henequén.²⁹

Esta segunda etapa del desarrollo capitalista marcó, también, la consolidación del Estado nacional: se produjo la separación de la Iglesia; se institucionalizó y profesionalizó el ejército y surgieron los primeros cuerpos policiales; se elaboraron los códigos y se estructuró todo el andamiaje jurídico; se centralizó la acuñación de moneda y la emisión de billetes bajo el control estatal. El autoritarismo de las formas de dominación se acentuó y consolidó, definitivamente, con la instauración —en diciembre de 1931— de la dictadura militar que gobierna El Salvador hasta nuestros días.³⁰

La instauración de la dictadura militar, como instrumento de la oligarquía cafetalera, impidió el advenimiento a El Salvador de la fase de “industrialización sustitutiva de importaciones” (modelo de desarrollo “hacia adentro”), que había sido desplegada en la mayoría de los países sudamericanos durante los años treinta hasta comienzos de los cincuenta, como respuesta necesaria a la gran crisis económica mundial de 1929-1933. Por otra parte, este retardamiento en el desarrollo salvadoreño puede considerarse como el principal responsable de que la “sustitución de importaciones” se viniera a intentar poco después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el imperialismo estadounidense se había hecho hegemónico y las nuevas

formas de explotación de capital volvieron imposible para El Salvador y para otros países del área, todo rasgo independiente de dicho proceso. De esta manera se agudizó el subdesarrollo y el carácter dependiente del capitalismo salvadoreño.³¹

De acuerdo con el esquema referido, la tercera etapa del desarrollo del capitalismo es más corta. Se inició en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, prácticamente a partir del golpe de Estado conocido como "golpe de los Mayores", ocurrido el 14 de diciembre de 1948, que dio origen a una nueva faceta de la dictadura militar y del papel del Estado en el desarrollo de la economía nacional.³²

Esta tercera etapa se caracteriza por el dinamismo que toma el desarrollo del capitalismo, vinculado, en parte, a la diversificación de la agroexportación, al intensificarse el cultivo y la explotación del algodón y del azúcar. Pero, también y principalmente, por la industrialización seudosustitutiva de importaciones, al amparo del mercado común centroamericano. En esta etapa tiene lugar el surgimiento de los monopolios de la burguesía local, así como la aparición y el posterior ensanchamiento del sector capitalista del Estado con instituciones como la Comisión Ejecutiva del Lempa (CEL) hidroeléctrica, que administra la producción de energía, pero que distribuye una empresa privada; la Comisión Ejecutiva del Puerto de Acajutla (CEPA); el Instituto Salvadoreño de Fomento Industrial (INSAFI); la Administración Nacional de Alcantarillado (ANDA); la Administración Nacional de Telecomunicaciones (ANTEL), entre otras, todas profundamente penetradas y condicionadas por el capital estadounidense de préstamo, que es su fuente casi única de financiamiento. Por otra parte, la penetración del capital monopolista estadounidense y de otras potencias imperialistas ha tenido lugar en la industria, al mismo tiempo que ha condicionado las características del proceso industrializador.

De esta manera terminó la inserción de El Salvador dentro del sistema de dominación del imperialismo estadounidense y se redefinió su papel dentro del sistema capitalista mundial. O sea, de simple apéndice agrícola y mercado de consumo de productos industriales acabados, europeos y estadounidenses, se convirtió en un centro para la inversión directa e indirecta del capital monopolista estatal y privado internacional; mercado de consumo de máquinas, tecnología y materiales industriales semielaborados; fuente de mano de obra barata y asiento de plantas de monopolios internacionales, destinadas a la exportación al mercado mundial. "Durante esta tercera etapa de desarrollo del capitalismo 'salvadoreño', se acentuó e hizo irreversible su carácter dependiente. No existe ya ninguna posibilidad de desarrollo independiente para nuestro país dentro del sistema capitalista".³³

El impulso de esta tercera etapa del desarrollo capitalista de El Salvador, considerada como la más corta y dinámica, se agotó en 1969, cuando se precipitó la crisis del Mercado Común Centroamericano. Al mismo tiempo "se abrió la fase madura de crisis estructural del modo de producción capitalista que, en las condiciones del sistema político imperante, acarreo también la crisis de dicho sistema. Esta fase madura de la crisis estructural y política, a diez años de iniciarse, todavía no había encontrado una salida" o, por lo menos, la quiso encontrar con el golpe de Estado del 15 de octubre de 1979. Pero todo se convirtió en un fracaso más, y la crisis económica y política se agudizó hasta alcanzar las características que presenta en la actualidad.

LA "DESAPARICIÓN" OFICIAL DEL INDIO

Ligados al desarrollo del capitalismo en El Salvador, dos acontecimientos históricos caracterizan el desa-

rollo de la sociedad salvadoreña en el siglo XIX: el llamado movimiento de independencia de la Capitanía General de Guatemala del dominio español y las reformas liberales de la segunda mitad de dicho siglo.

En el primer caso, no obstante haberse arribado a la vida independiente políticamente, las bases de sustentación de la sociedad colonial siguieron siendo las mismas de la sociedad poscolonial. Las relaciones económicas de servidumbre, que existían entre los terratenientes y los trabajadores agrícolas, siguieron prácticamente inalterables. La influencia del clero en la política durante la Colonia siguió igual en el régimen independiente. Si algunos cambios surgieron, éstos estuvieron relacionados con la condición jurídica del indio, a quien con la emisión de leyes de cierto corte liberal se elevó a la categoría de ciudadano, pero desde el punto de vista económico, social y material su situación de inferioridad, ubicada en el último peldaño de la sociedad, siguió siendo la misma.³⁴

Al convertirse El Salvador, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, especialmente en las últimas décadas, en país cafetalero, el panorama socioeconómico del país se había remodelado en función de la división social del trabajo. Pero:

la concentración de la producción de café para la exportación hizo a la economía del país extremadamente vulnerable a las crisis capitalistas de la economía mundial; estas crisis bloquean de inmediato la demanda de artículos de consumo prescindibles, por lo que cada crisis en la economía mundial se tradujo implacablemente en una crisis de la economía nacional salvadoreña.³⁵

La crisis de los años treinta agudizó las contradicciones originadas en el sistema económico y social del país y tuvo su respuesta en el alzamiento campesino de enero de 1932. Casi 100 años después de la rebelión

indígena y campesina dirigida por Anastasio Aquino, en la región de los pueblos nonualcos, en los Departamentos de La Paz y San Vicente.³⁶ Los alzamientos de 1932 y 1933 son acontecimientos sumamente importantes en la historia de la lucha de clases agrarias en El Salvador.

De los censos de población levantados en el siglo XX, solamente el de 1930 consignó la existencia de la población indígena, registro que desaparece a partir del censo de 1940. De todas formas, desde épocas muy tempranas El Salvador se ha caracterizado por su creciente y elevada densidad de población. Para 1930, los datos registrados por el *Anuario estadístico de 1930*³⁷ eran los siguientes:

EL SALVADOR: POBLACIÓN EN 1930	
Habitantes	1 459 578
Hombres	48.6%
Mujeres	51.4%
Urbanos	39.5%
Rurales	60.5%
Indios	25.0%
Mestizos	70.0%
Blancos	5.0%
Habitantes por km ²	43.0% ³⁸
Natalidad	46.6 por 1000
Mortalidad	22.0 por 1000

Se hace énfasis en los datos relacionados con la población existente para el año de 1930, porque tres décadas más tarde, según estimaciones hechas en algunos estudios, se calculaba el porcentaje de población indígena en 5% y cuando más en 7%.

La agudización de la crisis económica y social que prevalecía en El Salvador se reflejaba en las huelgas

de los trabajadores agrícolas, que había venido sucediéndose desde 1930, y que prosiguieron en diversas haciendas en el año de 1931. Tales movimientos fueron siempre reprimidos con violencia. Para ejercer el control de la población campesina y como instrumento represivo, se había creado la policía rural, por decreto publicado en el *Diario Oficial* el 9 de febrero de 1884. A esta policía se sumó, posteriormente, otro cuerpo represivo, la guardia nacional, creada a imagen y semejanza de la guardia civil española. La guardia nacional, brazo armado de la oligarquía para defender sus intereses en el campo, actuó reprimiendo huelgas en 1931; a pesar de ello, las huelgas y las represiones se sucedieron. A los dirigentes revolucionarios se les hacía difícil encauzar correctamente las variadas muestras de espontaneidad, que afloraban día tras día en las masas campesinas, que habían llegado a un estado de desesperación.

El 2 de diciembre de 1931 fue derrocado el presidente Arturo Araujo, nueve meses después de inaugurado su periodo presidencial, por un grupo de oficiales y sargentos, quienes después llamaron al vicepresidente, general Maximiliano Hernández Martínez, para sustituirlo. En esa fecha terminaba para El Salvador el periodo de los presidentes civiles y se iniciaba la dictadura militar que llega hasta nuestros días. El 2 de diciembre de 1931, el poder político pasó de la oligarquía a las manos del ejército, que se transformó en el gran elector y en una especie de partido político permanente en armas.

La crisis económica, social y política en la década de 1930, que culminó con el genocidio de la población, principalmente campesina, en 1932, cierra también un periodo de luchas reivindicativas de los trabajadores salvadoreños. Las demandas de tipo económico, social y político, fueron silenciadas por la metralla. Un buen porcentaje de los campesinos masacrados fueron indí-

genas de las comunidades de Izalco, Nahuizalco, Juayúa, Ataco y otras de los departamentos occidentales de Ahuachapán y Sonsonate, quienes fueron ejecutados con sus dirigentes, Feliciano Ama y Francisco Sánchez, campesinos e indígenas como ellos. Otros tres dirigentes comunistas, Agustín Farabundo Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata, los dos últimos estudiantes universitarios, fueron fusilados el 1º de febrero de 1932, en el costado norte del Cementerio General de San Salvador. En un importante trabajo biográfico sobre Farabundo Martí, J. Arias Gómez hace el siguiente relato:

A las siete y doce minutos se separaron las personas que se hallaban acompañando a los condenados a muerte. El último en dejarlos es el sacerdote católico, Pedro Jesús Prieto Villafañe. Contrariamente a como lo informaron algunos diarios de la época, Martí, Luna y Zapata no hicieron confesión religiosa ni ningún acto de contrición. El padre Prieto Villafañe sabía perfectamente que no le era posible, ni aun en el último instante, esperar ninguna confesión religiosa de ellos. Su asistencia, hasta el final del drama, obedecía, según testimonios fehacientes, a sentimientos ya no religiosos o de mero confesor, que está oportuno a prestar auxilios espirituales, sino humanos, de simpatía y admiración. Estos habían nacido desde hace algún tiempo, en contacto personal muy estrecho del propio sacerdote y Agustín Farabundo Martí.

Martí pide, a nombre de sus compañeros, que no se les vende los ojos, que les fusilen de frente disparándoles al pecho.

En el último instante, y casi al par de las voces de mando del oficial que dirige el pelotón de fusileros, Martí con firmeza, empieza un "Viva el Soco...", que así queda, incompleto, porque la descarga de los fusiles lo apaga. Caen abatidos los tres comunistas. Son las siete y cuarto de la mañana. Al contrario de los demás, la muerte llega lentamente para el camarada Zapata...³⁹

Las consecuencias de aquella matanza de campesinos y obreros ha sido resumida y caracterizada de la

siguiente manera: el aparato represivo se perfeccionó; el militar ascendió de rango social y político. El militarismo hizo su aparición, primero en la forma autocrática, a través del "hombre fuerte" providencial (el dictador de los 13 años subsiguientes, general Maximiliano Hernández Martínez), para luego consolidarse plenamente en forma institucionalizada y modernizante. Después de 1932, generaciones de salvadoreños crecerán bajo los efectos del gran trauma: en los miembros de los grupos dominantes, la simple palabra "comunismo" producirá el doble efecto de pánico y odio; en el pueblo, en el campo principalmente, el "recuerdo" del año 1932 y la permanente presencia de la guardia nacional y otros cuerpos represivos, mantendrá aterrorizadas a las masas. Por su parte, el imperialismo asimiló la experiencia de la rebelión y afinó sus métodos de control militar y apoyo a la dictadura.⁴⁰

Después de los sucesos de 1932 han transcurrido prácticamente seis décadas. Las luchas de los obreros organizados y de los campesinos, a quienes oficialmente no se les ha permitido organizarse, ha continuado. Las masas han sido, repetidas veces, masacradas. La represión se volvió más sangrienta, especialmente en los últimos doce años, periodo en el que la violación a los derechos humanos, la tortura, la desaparición de ciudadanos capturados, el asesinato organizado, el terror, entre otras manifestaciones, han hecho víctima al pueblo salvadoreño. La guerra civil, que aún se libra en El Salvador y que ha duplicado el número de muertos del alzamiento de 1932, no es sino la culminación de una lucha de clases con profundas raíces agrarias que, sin lugar a dudas, penetra y alcanza capas tan históricamente distantes como las que conforman la estructura económicosocial en las postrimerías de la independencia política de España. Por ahora se vuelve muy difícil hablar acerca de las perspectivas futuras de este atormentado país centroamericano, mientras no se

llegue a una paz justa y duradera, en la que el respeto a una vida digna esté sobre todas las cosas.

NOTAS

- ¹ Véase David G. Browning, quien en su obra *El Salvador, Landscape and Society*, Londres, Oxford University Press, 1971, advierte que el significado de la palabra "paisaje", que emplea con frecuencia, lo ha restringido deliberadamente a ciertas formas que sociedades consecutivas han empleado para referirse al asentamiento, uso y reclamación de la tierra en El Salvador.
- ² *ECA Estudios centroamericanos*, julio-agosto, año XXVIII, núm. 297-298, San Salvador, UCA, 1973.
- ³ En David G. Browning, *op. cit.*, p. 26.
- ⁴ *Ibid.*, p. 50.
- ⁵ Véase Rodolfo Barón Castro, *La población de El Salvador*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, p. 296.
- ⁶ La costumbre, más que la precisión científica ha acuñado el término "pipil" para referirse a un importante componente de la población prehispánica de El Salvador. Véase sobre el particular el ensayo de Jorge A. Vivó Escoto, "El poblamiento náhuatl de El Salvador y otros países de Centroamérica", en *Anuario de Geografía*, México, Colegio de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1970.
- ⁷ Véase Enrique Florescano, *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México, 1500-1821*, México, Era, 1976, pp. 12-13.
- ⁸ Pedro Geoffroy Rivas, "El problema agrario en El Salvador, una visión histórica", en *ECA Estudios centroamericanos*, *op. cit.*
- ⁹ David G. Browning, *op. cit.*, p. 54.
- ¹⁰ Pedro Geoffroy Rivas, *op. cit.*
- ¹¹ David G. Browning, *op. cit.*, pp. 51-52.
- ¹² Según E. G. Squier, *The States of Central America*, Nueva York, 18-78, citado por Browning en *ibid.*, p. 57.
- ¹³ R. Chamberlain, "The Early Years of San Miguel de la Frontera", en *Hispanic-American Historical Review*, vol. XXVII, 1947, citado por David G. Browning, *ibid.*, p. 74.
- ¹⁴ *Ibid.*, pp. 68-69.
- ¹⁵ *Ibid.*, pp. 72-73.
- ¹⁶ F. de P. García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino de Guatemala*, Guatemala, 1851.
- ¹⁷ Pedro Geoffroy Rivas, *op. cit.*

- ¹⁸ *Ibid.*
- ¹⁹ *Ibid.*
- ²⁰ Véase Antonio Gutiérrez y Ulloa, *Estado general de la provincia de San Salvador, Reyno de Guatemala (1807)*, San Salvador, 1962.
- ²¹ Véase Pedro de Cortés y Larraz, *Descripción geográfico-moral de la Provincia de San Salvador en la Diócesis de Goathemala...* (1770), Guatemala, 1958.
- ²² Véase sobre este tema el tratamiento que se le da en los documentos "Fundamentos y tesis de la línea general del PCS, en *Fundamentos y perspectivas*, núm. 3, *Revista teórica del PCS*, junio de 1980, San Salvador. Sobre la división del desarrollo capitalista salvadoreño en "etapas", Mario Salazar Valiente opina "al calificar las relaciones hacendarias de capitalistas (aun cuando se les agreguen los términos: primera etapa, etc.) se corre el riesgo [de] aplicar forzosamente una categoría específica de un modo de producción específico a una realidad peculiar. En derredor de estas cuestiones se ha abierto una discusión prometedora. Mario Salazar Valiente, *El Salvador 1930-1973* (Esbozo del proceso de desarrollo, primera parte), CIELA/FCPS/UNAM, México, s. f., p. 10. Por su parte Agustín Cueva, en su obra *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, considera: "Y, de hecho, me parece difícil encontrar en la América poscolombina otras relaciones básicas de producción que no sean de esclavitud, servidumbre y trabajo asalariado; con las consiguientes situaciones mixtas y transicionales, que tampoco son privativas de este Continente...", p. 46.
- ²³ *Fundamentos y perspectivas*, *op. cit.*, p. 6.
- ²⁴ *Ibid.*, pp. 6-7.
- ²⁵ *Ibid.*, p. 7.
- ²⁶ D. G. Browning, *op. cit.*, p. 312; *Fundamentos y perspectivas*, p. 7.
- ²⁷ *Ibid.*, p. 327.
- ²⁸ *Fundamentos y perspectivas*, p. 8.
- ²⁹ D. G. Browning, *op. cit.*, pp. 327-328.
- ³⁰ *Fundamentos y perspectivas*, *op. cit.*, p. 8.
- ³¹ *Op. cit.*, p. 10.
- ³² *Ibid.*
- ³³ *Ibid.*, pp. 10-11.
- ³⁴ Mario Salazar Valiente, *op. cit.*
- ³⁵ Véase E. Ritcher, *El Salvador, proceso de acumulación y dominación en la formación sociopolítica salvadoreña*, mimeo., Costa Rica, 1976, p. 48.
- ³⁶ Véase J. A. Domínguez Sosa, *Ensayo histórico sobre las tribus nonualcas y su caudillo Anastasio Aquino*, San Salvador, Minis-

- terio de Educación, Dirección de Publicaciones, 1962. Véase también J. Arias Gómez, "Anastasio Aquino, recuerdo, valoración y presencia", en *La Universidad*, San Salvador, Universidad de El Salvador, enero-junio, 1964.
- ³⁷ *Anuario estadístico de 1930*, Dirección General de Estadística, Imprenta Nacional, San Salvador, 1931. Los datos sobre la población indígena se han obtenido con base en inferencias. Citado por A. D. Marroquín, "Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador, en P. González Casanova (coord.), *América Latina en los años treinta*, México, UNAM, 1977, pp. 114-115.
- ³⁸ La densidad de población de 43.0 habitantes por km² no es exacta, porque correspondería a una superficie de 33 942 km² que El Salvador no tenía en 1930. Si se toma como base una superficie territorial más cercana a la realidad, de 20 000 km² nos daría una densidad de casi 73 habitantes por km².
- ³⁹ J. Arias Gómez, *Farabundo Martí*, Caracas, Fondo Editorial "Carlos Aponle", 1983, pp. 161-162.
- ⁴⁰ M. Salazar Valiente, *op. cit.*, pp. 53-54.

BIBLIOGRAFÍA

- Arias Gómez, Jorge, "Anastasio Aquino, recuerdo, valoración y presencia", en *La Universidad*, San Salvador, Universidad de El Salvador, enero-junio, 1964.
- Farabundo Martí*, Caracas, Fondo Editorial "Carlos Aponle", 1983.
- Barón Castro, Rodolfo, *La población de El Salvador*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942.
- Browning, David G., *El Salvador, Landscape and society*, Londres, Oxford University Press, 1971.
- Cortés y Larraz, Pedro, *Descripción geográfica y moral de la provincia de San Salvador en la diócesis de Goathemala...* (1770), Guatemala, 1958.
- Cueva, Agustín, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Edicol, 1979.
- Domínguez Sosa, Julio Alberto, *Ensayo histórico sobre las tribus nonualcas y su caudillo Anastasio Aquino*, San Salvador, Ministerio de Educación, Dirección de Publicaciones, 1962.
- Florescano, Enrique, *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México, 1500-1821*, México, Era, 1976.
- García Peláez, F. de P., *Memorias para la historia del antiguo Reino de Guatemala*, Guatemala, 1851.

Geoffroy Rivas, Pedro, "El problema agrario de El Salvador, una visión histórica", en *ECA Estudios centroamericanos*, San Salvador, Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", UCA, año XXVIII, julio-agosto, núms. 297-298, 1973.

Gutiérrez y Ulloa, Antonio, *Estado General de la Provincia de San Salvador, Reyno de Guatemala (1807)*, San Salvador, 1962.

Marroquín, Alejandro D., "Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador", en Pablo González Casanova, (coord.), *América Latina en los años treinta*, México, UNAM, 1977.

Partido Comunista de El Salvador (PCS), *Fundamentos y perspectivas*, núm. 3, *Revista teórica del PCS*, San Salvador, junio, 1980.

Richter, Ernesto, *El Salvador, proceso de acumulación*, mimeo., San José, Costa Rica, 1976.

Salazar Valiente, Mario, *El Salvador 1930-1973* (Esbozo del proceso de desarrollo, primera parte), México, CELA/FCPS/UNAM, s/f.

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", UCA, *ECA, Estudios centroamericanos*, año XXVIII, núms. 297-298, julio-agosto, San Salvador, 1973.

Vivó Escoto, Jorge A., "El poblamiento náhuatl en El Salvador y otros países de Centro América", en *Anuario de geografía*, México, Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1970.